

# Volver a empezar\*

B Á R B A R A J A C O B S

★ ★ ★

Caminar por San Francisco de noche es un placer. Se trata de una ciudad limpia, bien organizada, casi se podría decir que orgullosa de esto. Una vez aquí, a uno se le olvida que en los sesentas en Haight-Ashbury nacieron y rodaron los hippies, porque a la gente misma de San Francisco se le ha olvidado. No insiste en ese recuerdo. No lo glorifica. De pronto en un café suena la melodía clave de la ciudad. Y de modo automático uno suple las palabras: Ponte una flor en el pelo. Es la verdadera llave de la ciudad. Aquí, las flores de veras brillan y su contacto es de veras fresco. San Francisco es el sitio de una flor en el pelo. La gente que vive aquí, en estas colinas frescas, en estas casas que brillan, es gente que se ve feliz.

Bajaba por la calle Powell. Delante de mí se desplazaba trabajosamente un hombre, de traje café, mal cortado. Se apoyaba en dos bastones de metal, con el mango perpendicular a su cuerpo. La suela de su zapato derecho medía más de treinta centímetros; la pierna se le abría hacia afuera, como el armazón de un paraguas que cede bajo el viento.

En las esquinas de todas las banquetas de todas las calles hay bajadas especiales para las sillas de ruedas. De cada dos teléfonos públicos, uno es más bajo, y más ancho, ideado para los usuarios que van en silla de ruedas. Los baños en los cafés tienen un cubículo amplio, de puerta corrediza, en el que el excusado es de la dimensión exacta para un enfermo que llega en silla de ruedas. En el metro siempre hay uno o

dos jóvenes, a veces más, en silla de ruedas. Se platican entre sí; o un señor normal, con los pies en la tierra, de corbata, de expresión serena, le pregunta cómo sigue a una joven que maneja a la perfección su moderna silla de ruedas. A la universidad asisten en silla de ruedas muchos estudiantes inválidos que las manejan sin inhibición.

El hombre que bajaba con bastones de metal delante de mí por la calle Powell de pronto se cayó. Un joven que pasaba a su lado trató de ayudarlo a levantarse; él se opuso. “Que no le dé vergüenza”, le dijo con energía el joven de San Francisco.

Los hippies nacieron cuando los jóvenes se cansaron de protestar contra la intervención de su país en Vietnam. A los jóvenes nadie les había hecho caso, aunque nadie tampoco los balaceó ni los hizo desaparecer ni los torturó. Se pacificaron cuando no pudieron pacificar el mundo. La flor en el pelo de los hippies cambió de clavel a lirio a flor de papel. Su comunidad creció, y en tiendas de campaña y en comunas hicieron lugar para los veteranos, que llegaban de pelo largo y en suaves sillas de ruedas.

En un punto determinado de las afueras de San Francisco hay un lote con una cerca. Parece cubierto de paja quemada. Dispersos figuran muñecos, chozas, letreros; todo en ruinas. La pintura, o la madera, no alcanzó; o la lluvia las ha ido borrando o carcomiendo. Las palabras clave como amor, paz, hola, adiós, hay que adivinarlas; hay que recordarlas porque ya casi no se ven. Es el museo hippy y está abandonado, con vista a la bahía, al mar, a los buques y los aviones que transportan el napalm: a El Salvador, por estas fechas. ●

\* Publicado en Bárbara Jacobs, *Doce cuentos en contra*, México, Martín Casillas Editores, 1984.

